



“Un lugar de encuentro con Jesús”

Alabado sea Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre.

“En nuestras oraciones damos siempre gracias por ustedes a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo desde que nos enteramos de su fe en Cristo Jesús y del amor que tienen a todo el pueblo santo”.

Estas palabras del apóstol Pablo que acabamos de escuchar, queridos seminaristas y formadores, hermanos y hermanas que nos acompañan en esta Eucaristía, me motivan al dirigirme a ustedes en esta noche, a dar gracias a Dios por el don inestimable de la vocación. Vocación que tiene su origen en el seno de nuestra madre la Iglesia que nos ha engendrado en la fe. Vocación fortalecida en la Iglesia doméstica, en el hogar, donde un buen padre y una buena madre han sabido transmitir a su hijo los valores del evangelio que le motivan a él a lanzarse sin miedo en el seguimiento radical de Jesús.

Qué hermoso es contemplar en nuestra catedral esta noche al celebrar la Santa Eucaristía, este grupo de jóvenes que con ilusión vienen a ponerse en las manos de la Madre Iglesia, para que ella los oriente y les guíe en el camino que les convertirá en un futuro, no muy lejano, en los pastores que este pueblo necesita. Pastores según el corazón de Cristo, pastores que tendrán como misión específica dirigir a este pueblo por el camino de la santidad. Pastores que quieren ser “discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestro pueblo en Él tenga vida” y vida en abundancia.

Hoy en nuestra reflexión quiero retomar las palabras que hace unos días nuestro Pastor Universal, el Santo Padre Benedicto XVI, dirigía a los seminaristas, en el encuentro que sostuvo en Colonia, Alemania, con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud. Algunos de ustedes estuvieron presentes y las recordaran.

Eran palabras cálidas, sencillas, profundas, de aliento, hoy las quiero compartir con ustedes, en beneficio de aquellos que no pudieron estar presentes en el encuentro. Decía el Santo Padre:

“Ustedes son seminaristas, es decir, jóvenes que con vistas a una importante misión en la Iglesia, se encuentran en un tiempo fuerte de búsqueda de una relación personal con Cristo y del encuentro con Él”.

Esto es el seminario: más que un lugar, es un tiempo significativo en la vida de un discípulo de Jesús. Imagino el eco que pueden tener en su interior las palabras del lema de esta vigésima Jornada Mundial -“Hemos venido a adorarlo”- y todo el impresionante relato de la búsqueda de los Magos y de su encuentro con Cristo.

Cada uno a su modo es como los magos, una persona que ve una estrella, se pone en camino, experimenta también la oscuridad y, bajo la guía de Dios, puede llegar a la meta. Este pasaje evangélico sobre la búsqueda de los Magos y su encuentro con Cristo tiene un valor singular para ustedes, queridos seminaristas, precisamente porque están realizando un proceso de discernimiento -y este es un verdadero camino- y comprobación de la llamada al sacerdocio. Sobre esto quisiera detenerme a reflexionar con ustedes.

¿Por qué los Magos fueron a Belén desde países lejanos?

La respuesta está en relación con el misterio de la “estrella” que vieron “salir” y que identificaron como la estrella del “Rey de los judíos”, es decir, como la señal del nacimiento del Mesías (cf. Mt 2, 2). Por tanto, su viaje fue motivado por una fuerte esperanza, que luego tuvo en la estrella su confirmación y guía hacia el “Rey de los judíos”, hacia la realeza de Dios mismo. Porque este es el sentido de nues-



tro camino: servir a la realeza de Dios en el mundo.

Los Magos partieron porque tenían un deseo grande que los indujo a dejarlo todo y a ponerse en camino. Era como si hubieran esperado siempre aquella estrella. Como si aquel viaje hubiera estado siempre inscrito en su destino, que ahora finalmente se cumplía. Queridos amigos, este es el misterio de la llamada, de la vocación; misterio que afecta a la vida de todo cristiano, pero que se manifiesta con mayor relieve en los que Cristo invita a dejarlo todo para seguirlo más de cerca. El seminarista vive la belleza de la llamada en el momento que podríamos definir de “enamoramamiento”. Su corazón, henchido de asombro, le hace decir en la oración: Señor, ¿por qué precisamente a mí? Pero el amor no tiene un “porqué”, es un don gratuito al que se responde con la entrega de sí mismo.

El seminario es un tiempo destinado a la formación y al discernimiento. La formación, como bien saben, tiene varias dimensiones que convergen en la unidad de la persona: comprende el ámbito humano, espiritual y cultural. Su objetivo más profundo es el de dar a conocer íntimamente a aquel Dios que en Jesucristo nos ha mostrado su rostro. Por esto es necesario un estudio profundo de la sagrada Escritura como también de la fe y de la vida de la Iglesia, en la cual la Escritura permanece como palabra viva. Todo esto debe enlazarse con las preguntas de nuestra razón y, por tanto, con el contexto de la vida humana de hoy. Este estudio, a veces, puede parecer pesado, pero constituye una parte insustituible de nuestro encuentro con Cristo y de nuestra llamada a anunciarlo.

Convocatoria Post Semana de la Familia

La Comisión Diocesana de Pastoral Familiar convoca a todos los coordinadores, animadores y personas que trabajaron en los encuentros de la familia durante la Semana de la Familia 2005, a un encuentro a celebrarse el domingo, 25 de septiembre, de 8:00am a 12:00md, en los salones del Centro Padre Eduardo Berríos, en Cidra.

El motivo de la actividad es que las parroquias presenten los resultados de la evaluación hecha con relación a este proyecto, realizado en las parroquias de la Diócesis de Caguas.

Solicitamos que nos presenten en esta evaluación los siguientes puntos:

- Número aproximado de grupos reunidos en su comunidad parroquial
- Número aproximado de participantes en estos grupos
- Comentarios, sugerencias, críticas y cualquier otra información que hayan podido recopilar en sus grupos

Además, este encuentro servirá para un cambio de impresiones entre representantes de todas las parroquias que han celebrado esta actividad.

Favor de confirmar el número de personas que asistirán a este encuentro, para efecto de control de desayunos, a las siguientes personas: Diácono Víctor M. Cruz y Laura, al 787-733-3592 o a Frank y Aurora Rodríguez al 787-733-8087.

Los esperamos a todos el domingo, 25 de septiembre, de 8:00 a 12:00 del mediodía, en los salones del Centro Padre Eduardo Berríos, en Cidra.

¡Qué el señor les bendiga a todos y a todas!

(continúa en la próxima página)

**Un lugar de encuentro...** (viene de la página anterior)

Todo contribuye a desarrollar una personalidad coherente y equilibrada, capaz de asumir válidamente la misión presbiteral y llevarla a cabo después responsablemente. El papel de los formadores es decisivo: la calidad del presbiterio en una Iglesia particular depende en buena parte de la del seminario y, por tanto, de la calidad de los responsables de la formación.

Queridos seminaristas, precisamente por eso rezamos hoy con viva gratitud por todos sus superiores, profesores y educadores, que están presentes en este encuentro. Pidamos a Dios que desempeñen lo mejor posible la tarea tan importante que se les ha confiado.

El seminario es un tiempo de camino, de búsqueda, pero sobre todo de descubrimiento de Cristo. En efecto, sólo si hace una experiencia personal de Cristo, el joven puede comprender en verdad su voluntad y por lo tanto su vocación. Cuanto más conoces a Jesús, más te atrae su misterio; cuanto más lo encuentras, más fuerte es el deseo de buscarlo. Es un movimiento del espíritu que dura toda la vida, y que en el seminario pasa, como una estación llena de promesas, su "primavera".

Al llegar a Belén, los Magos, como dice la Escritura, "entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron" (Mt 2, 11). He aquí por fin el momento tan esperado: el encuentro con Jesús. "Entraron en la casa": esta casa representa en cierto modo la Iglesia. Para encontrar al Salvador hay que entrar en la casa, que es la Iglesia.

Durante el tiempo del seminario se produce una maduración particularmente significativa en la conciencia del joven seminarista: ya no ve a la Iglesia "desde fuera", sino que la siente, por decirlo así, "en su interior", como "su casa", porque es casa de Cristo, donde "habita" María, su madre. Y es precisamente la Madre quien le muestra a Jesús, su Hijo, quien se lo presenta; en cierto modo se lo hace ver, tocar, tomar en sus brazos. María le enseña a contemplarlo con los ojos del corazón y a vivir de él.

En todos los momentos de la vida en el seminario se puede experimentar esta amorosa presencia de la Virgen, que introduce a cada uno al encuentro con Cristo en el silencio de la meditación, en la oración y en la fraternidad. María ayuda a encontrar al Señor sobre todo en la celebración eucarística, cuando en la Palabra y en el Pan consagrado se hace nuestro alimento espiritual cotidiano.

"Y cayendo de rodillas lo adoraron (...); le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra" (Mt 2, 11-12). Con esto culmina todo el itinerario: el encuentro se convierte en adoración, dando lugar a un acto de fe y amor que reconoce en Jesús, nacido de María, al Hijo de Dios hecho hombre. ¿Cómo no ver prefigurado en el gesto de los Magos la fe de Simón Pedro y de los Apóstoles, la fe de Pablo y de todos los santos, en particular de los santos seminaristas y sacerdotes que han marcado los dos mil años de historia de la Iglesia? El secreto de la santidad es la amistad con Cristo y la adhesión fiel a su voluntad. "Cristo es todo para nosotros", decía San Ambrosio; y San Benito exhortaba a no anteponer nada al amor de Cristo. Que Cristo sea todo para ustedes.

Especialmente ustedes, queridos seminaristas, ofrézcanle a Él lo más precioso que tienen, como sugería el venerado Juan Pablo II en su Mensaje para esta Jornada

"Cuanto más conoces a Jesús, más te atrae su misterio; cuanto más lo encuentras, más fuerte es el deseo de buscarlo."

mundial: el oro de su libertad, el incienso de su oración fervorosa, la mirra de su afecto más profundo (cf. n. 4).

El seminario es un tiempo de preparación para la misión.

Los Magos "se marcharon a su tierra", y ciertamente dieron testimonio del encuentro con el "Rey de los judíos". También ustedes, después del largo y necesario itinerario formativo del seminario, serán enviados para ser los ministros de Cristo; cada uno de ustedes volverá

entre la gente como *alter Christus*. En el viaje de retorno, los Magos tuvieron que afrontar seguramente peligros, sacrificios, desorientación, dudas... ¡ya no tenían la estrella para guiarlos! Ahora la luz estaba dentro de ellos. Ahora tenían que custodiarla y alimentarla con el recuerdo constante de Cristo, de su rostro santo, de su amor inefable.

¡Queridos seminaristas! Si Dios quiere, también ustedes un día, consagrados por el Espíritu Santo, iniciaran su misión. Recuerden siempre las palabras de Jesús: "Permanezcan en mi amor" (Jn 15, 9). Si permanecen cerca de Cristo, con Cristo y en Cristo, darán mucho fruto, como prometió. No lo han elegido ustedes a él - sino que él les ha elegido a ustedes (cf. Jn 15, 16). ¡He aquí el secreto de su vocación y de su misión! Está guardado en el corazón inmaculado de María, que vela con amor materno sobre cada uno de ustedes. Recurran frecuentemente a ella con confianza... Benedicto XVI JMJ 19 de agosto del 2005. Iglesia de San Pantaleón, Colonia.

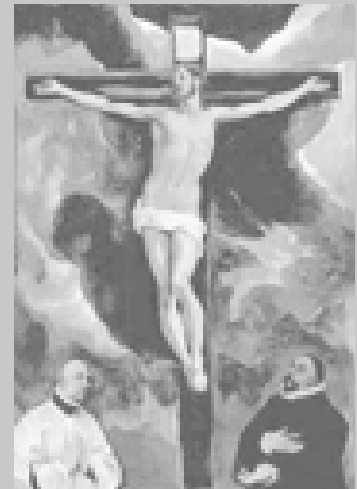
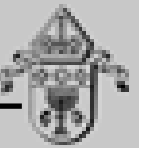
Queridos jóvenes espero que estas palabras del Santo Padre sean para todos ustedes, la lección magistral que al inicio de este nuevo curso escolar reciben como motivación para dedicarse con empeño y entusiasmo a la formación durante este año.

Nuestra Iglesia Latinoamericana y del Caribe se prepara también para vivir un momento eclesial muy fuerte la V Conferencia del Episcopado, que tiene como lema; "Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos tengan en Él vida". Hagan de nuestro seminario, no simplemente una institución donde se preparan para el sacerdocio, sino un lugar de encuentro con Jesús el Maestro, donde, escuchando con atención su palabra como discípulos, poco a poco se vayan transformando en verdaderos misioneros que estén dispuestos a dar la vida por Jesucristo y por su pueblo. ¡Animo, el Señor los acompaña!

Finalmente, queridos padres y madres, hermanas y hermanas, amigos y amigas, madrinas y padrinos del seminario, les invito a seguir acompañando a nuestros jóvenes seminaristas con su oración constante, con su apoyo incluso económico para que juntos, desde la vocación específica que cada uno de nosotros y nosotras hemos recibido, podamos cumplir la voluntad de Dios. Y así todos juntos como verdaderos "Discípulos y Misioneros de Jesucristo" trabajemos para que nuestros pueblos y especialmente nuestro pueblo puertorriqueño "en Jesucristo tenga Vida" y vida en abundancia.

Alabado sea Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre.

Homilía en la Catedral de San Juan del P. Rubén Antonio González Medina cmf, Obispo de la Diócesis de Caguas, en la Eucaristía de Inicio de Curso de Seminario Regional San Juan Bautista. 31 de agosto del 2005.

MAYAGÜEZ**La Sangre**

Dios es amor.
Amar es dar la vida por el amado.

Por eso, Cristo, que es Dios
"Dio su vida por nosotros".

Y dice San Juan, el amado de Cristo:
"También nosotros debemos dar la vida por los hermanos".

Para los judíos y Testigos de Jehová,
"La vida de toda carne, es su sangre".
Si tenemos que dar la vida, también la sangre.
Cristo, Dios y Hombre verdadero,
derramó toda su sangre por nosotros.
"Dio su vida por nosotros".

Él mismo lo dice en San Juan: 20; 17-18.
"Yo doy mi vida". "Nadie me la quita".
Esto es realmente amar.
"Nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por los amigos".

Negar la transfusión de sangre,
Es aborrecer al hermano. Y
"todo el que aborrece a su hermano
es un asesino y sabéis que
ningún asesino tiene vida eterna".

¡Grande es el amor de Cristo Dios!
Da su carne como comida; su sangre como bebida.
Y manda comer su cuerpo y beber su sangre.
Y asegura la Salvación, cuando dice:
"El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna".

Permanece en Cristo, amando como Él.
Dona tu vida y tu sangre como Él.

La Biblia no prohíbe las transfusiones de sangre. La Biblia nos enseña a dar la vida por los demás.

(Fragmento de la publicación *Sol y Sombras*)